

por completo la antigua historia, no se hubiera conocido más tarde la filosofía griega y las leyes romanas.

Durante la Edad Media, en que no se oía otro ruido que el de las armas y el de estrepitosas guerras, las ciencias y las artes solo encontraron refugio en los monasterios: en esta calamitosa edad, en que la ignorancia cernía sus negras alas sobre la Europa, solo, solo brillaba la luz de la ciencia y del saber en los claustros, porque las ciencias y las artes solo florecen á la sombra de la paz, y la paz solo se encontraba en los monasterios. De los claustros salían con frecuencia los hombres más sábios, á los que se consideraba dignos de ocupar los más altos puestos de la Iglesia. El monje Geberto, cuyos conocimientos en ciencias matemáticas, y naturales llegaban hasta el punto de ser reputado en su edad como nigromántico, al claustro debió su saber y su ciencia: el ilustre Alberto el Magno, portento de su siglo en teología, filosofía y ciencias naturales, en el claustro recibió su ilustración: el distinguido Santo Tomás, cuyas obras admiran todavía á los sabios del siglo XIX, al claustro debió su elevada ciencia y erudición sublime. Finalmente, del claustro salieron las más grandes lumbreras de la Edad Media, como Alejandro de Hales, San Buenaventura, Hugo y Ricardo de San Víctor, Escoto, Durando, Roger Bacon, Vicente de Beauvais, Egidio Romano, etc.

Pero no se crea que los religiosos monopolizaban la ciencia de tal modo, que no querían comunicarla á los demás; al contrario, los frailes tenían escuelas abiertas donde podían acudir á aprender todos los que querían. Entonces podía el pobre seguir una carrera, porque no solo recibía la enseñanza gratuita, sino también el sustento; mientras que en nuestros días de ilustración y progreso, solo pueden seguir carrera los ricos, al paso que los pobres se ven obligados á permanecer en la ignorancia y en el desprecio, porque las Universidades no les franquean sus puertas.

Los religiosos son los que supieron elevar muchas veces á los pobres desde el terruño á las altas dignidades de la Iglesia, los que supieron hacer hom-

bres de Estado eminentes, hábiles diplomáticos, ilustrados sacerdotes, finalmente, á la instrucción y ciencia de los dominicos y franciscanos españoles, debió Colón la protección en el descubrimiento del Nuevo Mundo, sin la cual tal vez el ilustre genovés no hubiera alcanzado su inmortal renombre.

Igualmente en nuestros días, ¿la orden de los jesuitas no está á la altura del movimiento intelectual del siglo? ¿En qué clase de conocimientos pueden considerarse rezagados los jesuitas? Ellos son los que se distinguen y sobresalen, no solo en la teología y ciencias eclesiásticas, sino tambien en todos los ramos del saber humano. Ellos son eminentes teólogos, eminentes juristas, eminentes literatos; ellos son grandes naturalistas, físicos, químicos, astrónomos, matemáticos; ellos son distinguidos geógrafos, ilustres historiadores, célebres anticuarios.

Finalmente á la protección y acogida que recibieran los artistas en el claustro, debieron las artes cristianas el sublime vuelo que tomaron en la Edad Media, los suntuosos templos que se levantaron en aquel tiempo, las magníficas bóvedas, cuyas ruinas hoy contemplamos con dolor. Los delicados y sublimes relieves que hoy quedan truncados, y no podemos mirar sin amargura, indican lo que debieron los artistas cristianos á los conventos y monasterios. ¿Cómo se tiene, pues, atrevimiento de decir, que los frailes son hombres rudos é ignorantes, enemigos de las ciencias, de las artes y de la civilización?

Pero no solo favorecieron los religiosos las ciencias y las artes, sino que contribuyeron al desarrollo de la civilización europea de mil modos diferentes.

Ellos fueron los que dieron grande impulso á la agricultura, desmontando terrenos incultos, desecando pantanos y reduciendo á cultivo los más espantosos é intransitables bosques de Europa, Alemania, Francia é Inglaterra, y nuestra patria debe mucho á los monjes bajo este concepto.

Los frailes trabajaron y contribuyeron también á la civilización europea, destruyendo los elementos de

esclavizarla, y sojuzgarla. Ya hemos visto los beneficios que las órdenes religiosas dispensaron á los pueblos en los primitivos tiempos, en la Edad Media y en los tiempos modernos; y si tales beneficios han dispensado, ¿pueden considerarse como enemigos de la humanidad? Las órdenes religiosas parecen creadas *ex professo* para aliviar y remediar los males de la humanidad desgraciada.

Los pobres han encontrado siempre en los monasterios hospicios donde han sido curadas sus dolencias, y donde se les ha auxiliado con caridad, celo y diligencia; los ignorantes han encontrado en los monasterios, catedráticos y maestros que les han instruido y disipado su ignorancia, el viajante ha encontrado en el monasterio un hospicio donde refugiarse; los sabios, quien les comprendiese y auxiliase en sus empresas; el artista, protectores que le han favorecido y animado en la realización de sus ideales. ¿Donde se hallan, pues, los males que los frailes han causado á los pueblos? ¿Qué perjuicio y qué tramas urde contra la humanidad el monje de San Bernardo, que libra de la muerte al viajero que se halla cubierto por la nieve? ¿Qué perjuicio causa el Capuchino que lleva el consuelo y los últimos auxilios á un moribundo? ¿Qué daño produce el misionero que surca los mares en busca de un alma para Jesucristo? ¿Qué daño es capaz de causar el Padre de la Merced, que libra de las cadenas al infeliz cautivo? ¿Finalmente, cuándo se han declarado los frailes en contra de la libertad humana? ¿Cuándo han urdido con los Reyes esas ocultas intrigas, esos pactos nefandos que supone la impiedad, para esclavizar é imponer el yugo á la desgraciada humanidad? ¿No han sido por el contrario, los religiosos, los que más trabajaron para librar á los pueblos de la esclavitud, de la opresión y de la tiranía de los barones y señores? ¿No fueron los frailes los que contribuyeron en gran manera al progreso, á la civilización y á la verdadera libertad de los pueblos? Sí: todo esto es verdad, pero el libertinaje, la incredulidad y la falsa filosofía estaban interesadas en presentar á los frailes bajo

el aspecto más odioso, y para conseguir este fin no se desdeñaron de apelar al medio más bajo y vil, á la calumnia.

Finalmente, vengamos á la última objeción. Se dice que los frailes son gravosos á la sociedad porque ellos no dán ningún producto á ésta, ántes al contrario, consumen lo que produce, y de éste modo aumentan el pauperismo y la miseria pública. Pero precisamente sucede lo contrario pues los monasterios contribuyen á aumentar la riqueza y bienestar públicos. Sabido es que los monasterios han poseído siempre bienes y rentas. ¿En qué se emplean estos bienes y estas rentas? No; ellos consumen solo una parte insignificante, ellos necesitan solo un pobre hábito y una pobre comida, no son como los propietarios que necesitan todo lo que tienen para sostener su lujo, fausto y ostentación. Por lo tanto, no consumiendo ellos más que parte de sus bienes, lo demás se emplea en provecho del público y de la pobreza, se emplea en sostener los arrendadores, los obreros y los artífices; se emplea en socorrer y aliviar la parte desgraciada de la sociedad. Además los religiosos, admitiendo en los conventos á todos con tal de que tuviesen vocación, y alimentándoles á sus expensas y á su costa, evitaban con frecuencia á las familias la carga de sostener á todos sus individuos, librándoles de la indigencia y de la miseria: los frailes eran, por último, los que con sus ahorros subvenían á los apuros y á los estados apremiantes de los Gobiernos, todo lo cual pesa hoy día sobre el pueblo, cuyos impuestos, aumentando de día en día, llegan hasta el extremo de serles una carga insoportable. En cuanto á lo de las *manos muertas*, es cierto que las rentas de los monasterios no pasaban ya á destinos seculares, pero en esto no se hacía más que cumplir la voluntad de los donantes, que los dejaban á los monasterios para que los poseyesen perpetuamente; hubiera sido pues una injusticia tratar de enagenarlos y entregarlos en manos profanas. Es cierto, igualmente, que hallándose en manos de los monjes, no servían para el comercio y la industria. ¿Pero no es verdad, también

que cuando los particulares emplean sus riquezas en el comercio y en la industria, los explotan en provecho propio y no en beneficio del pueblo, como hacían los frailes? Estos bienes eran infructíferos para los particulares, pero no para la sociedad y para el pueblo, que á causa de estos bienes encontraba hospicios, escuelas, bibliotecas y todo lo indispensable para llenar sus necesidades.

¡Oh! Quiera Dios cumplir la esperanza y deseo de los católicos: *¡que vuelvan los frailes!* Y volverán. Estas congregaciones religiosas se derivan de la esencia misma del cristianismo, y por lo tanto se han de manifestar, siempre que haya condiciones para su existencia, siempre que las circunstancias políticas de la impiedad y la revolución les den alguna tregua. Además, la vida religiosa es una eterna necesidad del espíritu humano: hay muchas almas que no pueden vivir en medio de la agitación y bullicio mundanos; su constitución particular las hace buscar la soledad y el retiro para poder orar y meditar; otras hay, á quienes la multitud de causas, impiden poder vivir en la sociedad. Los continuos desengaños de la vida mundana, las continuas ilusiones y esperanzas frustradas los tristes naufragios políticos, hacen tomar con frecuencia á muchas personas gran hastío por el mundo y sus vanidades, y grandes deseos del claustro, del convento de la vida, en que reina la paz y tranquilidad de la conciencia; y esta necesidad se siente más en nuestros días, en que no vemos más que intereses positivos, intereses materiales, industria y comercio, dejando en las almas un gran vacío, un gran abismo. Ellas conocen que su corazón les pide un bien infinito, todos los goces y placeres mundanos son insuficientes para satisfacer el ánsia de su corazón; solo Dios es el que puede satisfacer las aspiraciones del alma, según aquello de San Agustín, *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* La dirección que toma la sociedad actual reclama también imperiosamente la existencia de los frailes, hoy que el socialismo hace estremecer al mundo, hoy que los obreros van aumentando su odio

contra los ricos, hoy que en el pueblo no hay más que sed de goces y de oro, es cuando mayor falta hace el fraile. Este es el único que podía con su ejemplo enseñar la resignación, la paciencia y la moderación á los pobres y á todos los que careciendo de ideas cristianas, están dispuestos á realizar proyectos criminales, cuando las circunstancias les hagan posible su proyecto: solo el fraile es el que podía enseñarles con su predicación y su ejemplo, que el hombre no vive de solo pan, y que al otro lado de la tumba le espera otra vida más feliz, si él sabe soportar con paciencia la presente.

Los gobiernos parecen comprender ya la gran crisis en que se encuentra la sociedad, y que el único remedio se halla en los frailes y por esto empiezan á protegerles: los pueblos que conocen la falta que les hacen los frailes, los reciben con las mayores muestras de alegría y regocijo, y vemos que de día en día van aumentando los conventos de religiosos en el antiguo mundo.

¡Ah si levantaran la cabeza los hombres de la Asamblea Constituyente, de la legislativa ó de la Convención, los hombres de la revolución de 1,789, qué dirían al ver renacer los institutos religiosos, cuando ellos creían haber acabado con la religión católica, con el fanatismo y la superstición! Se llenarían de rabia y de furor y se desesperarían al ver burlados sus intentos. Esto es lo que hace la impiedad moderna, al ver que sus deseos, sus esfuerzos y sus trabajos han sido desvanecidos como el humo por el Señor, que toca los imperios y las naciones, y las reduce á la nada; cumpliéndose exactamente las palabras de la Escritura: *Peccator videbit et irascetur, dentibus suis fremet et tabescet: desiderium peccatorum peribit.*

Hubo entre nosotros, hasta nuestros días frailes ilustres, y sería hacer un insulto á la verdad el negar á las comunidades religiosas esta gloria que fué, á no dudar, la principal causa porque se retardó el golpe que después les sobrevino. Pero ¿qué son algunos miembros llenos de salud cuando el mal reside en la

fuelle de la vida? ¿qué son algunas columnas firmemente cimentadas cuando se desmorona la parte principal del edificio?

Hubo hasta nuestros días frailes eminentes—nos complacemos en repetirlo—frailes dignos de aspirar al prestigio que ejercieron sus mayores debido solo al mérito, y que ellos pudieron alcanzar caminando por la misma senda; no lo hicieron, y sin embargo bien pudieron haberlo hecho. Aún en esta parte los franciscanos tenían ejemplos que imitar y eran los que les dejaron los venerables religiosos de su orden que florecieron en el siglo decimoséptimo, en lo que llamamos nosotros la segunda edad del instituto en nuestro país.

Ya por ese tiempo había ocurrido una modificación importantísima en la condición de la orden seráfica, que la constituyó en una nueva existencia. Por una medida de la autoridad, sobre cuya conveniencia no disputaremos, gran parte de los pueblos donde los religiosos ejercían la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdicción de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda, según los modernos políticos, que observaron hasta nuestros días. Mezquina á la verdad era esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos del pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobación de lo dicho citaremos las fundaciones de nuestras custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mexicano, y las crónicas que entónces se escribieron, producciones notables, hijas del amor, á la verdad, que son las fuentes más puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que desdeñando el reposo de la celda, partían á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evengelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron

servir de norma á los demás: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados de la caridad como los primeros discípulos de Jesús, y entre ellos también descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuación.

✻ El Venerable Padre Margil. ✻

En uno de nuestros frecuentes viajes á la capital la curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre de *la Independencia*, para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformación que reciben algunos edificios antiguos de México al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornamento, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto más adelantado. Pero toda la gala, pulidéz y refinamiento que distinguen á las nuevas construcciones no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el innán de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una Iglesia hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devoción exajerada ó de las antipa-

barbarie que los conquistadores del imperio de Occidente trajeron á Europa; en primer lugar, convirtieron á la religión cristiana á los bárbaros, y con este dieron un gran paso en la civilización europea. Pero estos bárbaros, aun despues de convertidos, conservaban apego á sus hábitos duros y feroces. Así es que ellos nó veían en el pueblo vencido á sus hermanos, solo veían en él á un pueblo de condición baja y servil, que había de estar sujeto á la voluntad tiránica y despótica de sus señores; estos ejercían sobre el pueblo toda clase de vejaciones y demasias, pero tambien remediaron los frailes estos males; ellos admitieron en sus congregaciones al pueblo bajo, y aún á los esclavos, y de este modo elevaban á estos seres miserables á la condición y categoría de sus señores, á causa de su carácter y misión superior. Los religiosos hallábanse además en relaciones con la clase noble y elevada de la sociedad, á causa de su ilustración y ciencia, y al mismo tiempo con la clase baja y pobre por razón de su ministerio y humildad de vida. Pues bien, ellos que veían en el pueblo á sus padres, á sus hermanos, á sus parientes, debieron emplear toda clase de influencia con los ricos, para evitar el despotismo y tiranía de estos; debieron emplear todos los resortes para suavizar la ferocidad y dureza de los señores, y así sucedió y los señores y barones empezaron á proteger la debilidad y flaqueza. El fraile es el que relacionó entre sí estas dos clases tan opuestas, porque era el verdadero intermediario entre ellas, ya que tocaba por un lado con la elevada, y por otro con la baja; por falta de este intermediario se halla hoy tan desequilibrada la sociedad, y hay tan gran pugna entre los pobres y los ricos. El rico hoy no quiere más que gozar y emplear sus riquezas en lujo y en placeres sin acordarse de que hay pobres que apenas pueden alcanzar el preciso sustento; el rico hoy considera al pobre como un ser vil y despreciable, que no merece tan solo que se le dirija una mirada compasiva. El pobre que conoce esta opresión, no vé en el rico sino á su mayor enemigo, y no piensa más que en revueltas y huelgas para sacudir

el yugo de este. De aquí esas corrientes de socialismo, que amenazan hoy á la Europa entera y por eso es hoy cuando mayor necesidad se siente de los frailes.

Finalmente, las órdenes mendicantes salvaron á la civilización europea de la corrupción, inmoralidad y barbarie de las sectas pestilenciales que aparecieron en aquel tiempo. Había recibido ya la Europa un gran impulso, debido á la acción civilizadora de la Iglesia; ya empezaban á formarse las naciones bajo los usos, costumbres, leyes é instituciones cristianas; ya había esparcidos en la sociedad multitud de elementos de civilización y cultura, producidos por la influencia cristiana, cuando hé aquí que este nuevo mundo, formado por el cristianismo, se vió amenazado en su existencia por infames y corrompidas sectas, que explotando la ignorancia y credulidad de las masas, tendían bajo la capa de religión á esparcir la licencia más desenfrenada. Entonces aparecieron los *cátaros*, *valdenses*, *patarinos*, *albigenses*, *pobres de León* y otros, cuyo fanatismo era tal, que se valían de la religión para impulsar á la multitud á los mayores excesos; entonces es cuando se vió zozobrar la civilización europea, porque estas sectas tendían á introducir ideas y costumbres contrarias á las que el cristianismo enseñaba, porque tendían á destruir los lazos de la familia, á destruir la autoridad de la Iglesia, y á sumir á la Europa en la superstición y el fanatismo, que la hubiera vuelto al primitivo estado de donde había salido. Pero tambien entonces aparecieron las *Órdenes mendicantes*, y evitaron que la Europa se sumiese en la corrupción y barbarie. En efecto, los frailes, hallándose en contacto con la sociedad y con el pueblo, y dando ejemplos de gran abnegación y penitencia, combatieron la inmoralidad y corrupción, y al mismo tiempo, dedicándose al estudio y á la predicación, supieron pulverizar el error con su doctrina, y destruir las pestilenciales sectas.

Por lo hasta aquí dicho, queda destruida la segunda acusación que se dirige á los frailes, de ser *enemigos de la humanidad*, de urdir tramas para perderla, de mantener relaciones con los Reyes para tiranizarla,